

## LIBRO XV.

DESDE LA CONVERSION DE LOS FRANCOS HASTA EL REINADO DE JUSTINIANO.

DE 496 A 527.

Los francos eran una nación germánica que habían hecho frecuentes incursiones en las Galias mas de doscientos años antes. Hacia el de 420 se establecieron en la Bélgica bajo la conducta de su rey Feramundo; y sus sucesores Clodion, Meroveo y Childerico, unas veces aliados y otras enemigos de los romanos, se habían aprovechado de la debilidad del imperio para afirmar y extender su dominacion. Pero Clodoveo fué el que se apoderó de las otras provincias, y mereció así ser considerado como el verdadero fundador de la monarquía francesa. Childerico, su padre, le dejó al morir un reino bastante reducido, cuya capital era Tournay. El resto de las Galias estaba dividido en cuatro Estados. Los visogodos poseían la mayor parte, es decir, todas las provincias meridionales entre el Ródano y el Océano hasta el Loira: los países situados al Norte de este río entre el Océano y el Sena, formaban una confederacion independiente bajo el nombre de Armórica; todo lo que habia al Mediodía entre los Alpes de un lado y el Ródano y el Loira de otro, pertenecía á los borgoñones, cuyo reino se extendia al Norte hasta la Champaña. Este estaba repartido entre dos hermanos, Gondebaldo y Godégisilo: el primero reinaba en Leon y el otro en Ginebra. Por último, habiendo sucedido á su padre en el mando de las tropas romanas Siagrio, hijo del conde Egidio, que habia sido gefe de la milicia en las Galias, se mantuvo despues de la caída del imperio en algunas provincias al Norte del reino de Borgofia, y se formó así un estado independiente, aunque reducido, cuya capital era Soissons. Es difícil determinar los límites de los dominios de Clodoveo: solamente se puede conjeturar por algunas razones bastante probables que se extendian entre el Asia y el mar hasta el Sena. Pero el año 486, quinto de su reinado, habiendo acometido y deshecho á Siagrio, se apoderó de las provincias que éste poseía, y trató despues de ocupar las ciudades vecinas que pertenecian á la confederacion armoricana; y dirigió varios ataques contra Paris, que sufrió entonces grande escasez, librándose de ella por la diligencia y celo de Santa Genoveva. Aunque Clodoveo era idólatra, como queria ganarse el afecto de los pueblos para consolidar su imperio, se mostraba respetuoso hácia los obispos y hácia cuanto dependia de la religion. Clodoveo estableció su residencia real en Soissons, y por el año 492 pidió la mano de Clotilde, sobrina de Gondebaldo, rey de los borgoñones. Esta princesa era cristiana y

católica; pero el deseo de salir de una corte arriana y la esperanza que le infundieron de contribuir á la conversion de Clodoveo y de los francos, la determinaron á prestar su consentimiento. Gondebaldo no osó oponerse por no irritar á un conquistador jóven, afortunado y emprendedor. Clotilde, llena de celo y de piedad, se apreturó á exhortar al rey su esposo que renunciara el culto de los idólatras para adorar al verdadero Dios; pero no logró persuadirle, aunque obtuvo el permiso de bautizar á sus hijos. Desgraciadamente el primero, llamado Ingomero, murió en la semana que fué bautizado, y el rey no dejó de atribuir esta muerte á la celera de sus dioses. La reina sobrellevó esta prueba con el valor de la fe, y se contentó con responder al rey que le hacia cargos, que se tenia por feliz en haber dado á luz un hijo llamado por el Todopoderoso á la posesion de su reino. Mandó tambien bautizar á su segundo hijo, á quien puso por nombre Clodomiro. Al punto cayó éste malo, y Clodoveo dió nuevas quejas á la reina; pero Clotilde alcanzó con sus oraciones la curacion de aquel príncipe (1).

De allí á poco tiempo se vió obligado Clodoveo á hacer la guerra á los alemanes que acababan de entrar en las Galias, y al partir para esta expedicion, le encomendó Clotilde que invocara al Dios de los cristianos, dueño de la victoria. Acordóse el rey de esta recomendacion durante la batalla, y viendo á sus tropas retroceder en todas partes y á punto de sufrir una completa derrota, exclamó: "Dios de Clotilde, si me concedes la victoria, creeré en vos y haré que me bauticen en vuestro nombre." Apenas hubo acabado esta plegaria, cuando se vió á los alemanes, acobardados con la muerte de su gefe, huir ó rendirse á discrecion. Esta batalla se dió el año 496 en la llanura de Tolbiac, entre Bouna y Juliers. El vencedor, de vuelta de la expedicion, tomó en Toul un santo y sabio sacerdote llamado Vaast ó Vedasto, que luego fué obispo de Arras, para que le instruyera. La reina llamó á San Remigio, obispo de Reims, para que completara la instruccion del rey y le estrechara á cumplir cuanto antes su promesa. "Estoy pronto, le dijo Clodoveo; pero temo que mi pueblo no quiera renunciar á sus dioses: voy á exhortarle á ello." Reunió, pues, á sus soldados, y apenas comenzó á hablarles, le interrumpieron gritando que estaban prontos á adorar al Dios inmortal. Pújose el día del bautismo para la vigilia de Natividad, y concurrecieron á Reims muchos obispos para asistir á esta ceremonia, que se celebró en una iglesia de San Martin con una pompa y magnificencia extraordinaria. Las calles estaban cubiertas de tapices desde el palacio del rey hasta el templo, donde ardian gran número de cirios, en cuya composicion entraban los perfumes mas exquisitos. La comitiva fué en procesion con la cruz y el Evangelio cantando himnos y letanías. San Remigio di-

(1) Gregor. Turon. lib. II.

jo al rey al bautizarle: "Encorvad la cabeza, alívio sicambro; adorad lo que habeis quemado, y quemad lo que habeis adorado." Tambien bautizó a una hermana del rey llamada Albofleda, y reconcilió á otra que era arriana y se hizo católica.

Al mismo tiempo fueron bautizados por los obispos y sacerdotes, tres mil entre oficiales y soldados, á mas de las mugeres y los niños. Clodoveo con motivo de su bautizo dió libertad á muchos prisioneros, y ejerció una liberalidad prodigiosa con la Iglesia de Reims. San Remigio distribuyó estos donativos á otras Iglesias, y empleó una parte en fundar un obispado en la ciudad de Leon, que habia dependido hasta entonces de su diócesis. Del mismo modo repartió considerables dones que recibió de los señores franceses. El rey mandó despues edificar muchas iglesias, y publicó una proclama exhortando á todos sus vasallos á abrazar la religion cristiana. El era entonces el unico príncipe católico: el emperador Anastasio era sospechoso de maniqueísmo, y estaba entregado enteramente á los setiquianos: el rey de los vándalos en Africa, Teodorico rey de los ostrogodos en Italia, el rey de los visogodos y los reyes borgoñones en las Galias, eran arrianos. Los anglo-sajones en la Bretaña y todos los demas reyes del Norte eran idólatras. En razon á esta circunstancia gloriosa recibieron los reyes de Francia el título de cristianísimos y de hijos primogénitos de la Iglesia. Tambien sirvió para hacer á Clodoveo sumamente querido de los pueblos galos; y desde entonces la mayor parte de la confederacion armoricana se sometió gustosa á su dominacion por no caer en la de los visogodos.

De allí á poco tiempo trasladó Clodoveo la silla de su imperio desde Soissons á Paris.

San Remigio redobló su celo despues de la conversion de Clodoveo para destruir en todas partes los restos de la idolatria, é indujo á los obispos del reino de Borgoña á reunirse, á fin de atraer con un esfuerzo comun al rey Gondebaldo y á sus vasallos á la fé católica. A este efecto solicitaron una conferencia que el rey no se atrevió á negarles. San Avito, obispo de Viena, mas ilustre por sus virtudes y talento que por su nacimiento, probó la doctrina de la Iglesia y refutó la heregia con razones tan sólidas y presentadas con tal claridad, que los obispos arrianos no pudieron responder sino con evasivas é injurias. Varias de las personas presentes se convirtieron, y el mismo Gondebaldo sintió la fuerza de la verdad. Habiendo terminado una guerra que por entonces sostuvo contra Clodoveo, manifestó á San Avito deseos de reunirse á la Iglesia; pero como no tuvo valor de confesar públicamente la fé por no indisponerse con sus vasallos, no se puso por obra aquel deseo. San Avito era senador romano y descendiente de una familia muy ilustre de las Galias, y aun se cree que traia su origen del emperador Avito.

Fué elegido obispo de Viena el año 490, y ocupó esta silla mas

de treinta. Quedan de él una coleccion de cartas y dos poemas: uno de ellos es un elogio de la virginidad, y el otro contiene la historia santa desde la creacion hasta la salida de Egipto. Tambien habia compuesto algunos tratados contra los hereges, señaladamente contra los arrianos y contra los errores de Nestorio y de Eutiques, que refuta asimismo el Papa Anastasio, que extendia el término de su jurisdiccion metropolitana en perjuicio del obispo de Arlés; pero á virtud de las quejas de este último, el Papa Simmaco tuvo por conveniente mantener los reglamentos anteriores establecidos por San Leon.

El Papa Anastasio habia muerto el 17 de Noviembre del año 498, y á los cinco dias fué elegido en su lugar el diacono Simmaco, por la mayor parte del clero y del pueblo; pero habiendo ganado con dinero á muchas personas el patrio Pesto, que habia prometido al emperador Anastasio que seria aprobado en Roma el herético de Zenon, hizo elegir en el mismo dia al arcipreste Lorenzo, cuyo partido, aunque menos numeroso, contaba con algunos votos recomendables en su apoyo. Entre otros le favorecia el diacono Pascasio, cuya reputacion de virtud era grande, y de quien nos ha quedado un tratado excelente sobre la divinidad del Espíritu Santo. Para terminar el cisma se convino en recurrir á la mediacion del rey Teodorico, el cual tomado el parecer de algunos obispos, decidió que debia ocupar la silla apostólica el que habia sido elegido primero, y reunido la mayoría en su favor. Quedó, pues, reconocido Simmaco como Papa legítimo. Una de sus primeras atenciones fué obviar tales discordias para lo sucesivo, y en un concilio de setenta y dos obispos congregado en el mes de Marzo del año 499, pronunció la pena de deposicion y excomunion contra los que fuesen con vencidos de maquinaciones y de intrigas con motivo de las elecciones, y decretó que fuese reconocido y consagrado Papa el elegido por la pluralidad del clero. Sesenta y siete presbiteros suscribieron este decreto despues de los obispos, y al frente de ellos aparece la suscripcion del arcipreste Lorenzo, que habia ocasionado el cisma y que fué despues obispo de Nocera.

Pero de allí á poco tiempo, Pesto con algunos miembros del clero y del senado, sobornó testigos y los envió á Ravena para acusar al Papa de varios crímenes ante Teodorico. Al mismo tiempo se hizo valter al anti-papa Lorenzo cuya presencia renovó el cisma. El rey envió primeramente á Roma á Pedro, obispo de Altino, con el título de visitador, para proceder á hacer algunas informaciones sobre los crímenes imputados al Papa Simmaco. Pero esta comision contraria á los cánones, y este título que no se daba sino respecto de las Iglesias vacantes, excitaron quejas universales de los católicos. En segunda Teodorico, obtenido el consentimiento del Papa, convocó un concilio para resolver este asunto. Todos los obispos queda-

ron tan contrastados como sorprendidos de semejante medida. Los de la Liguria y la Venecia pasaron á Ravena, y representaron al rey que el concilio debiera haber sido convocado por el sumo Pontífice: que este derecho le pertenecía en virtud de su primado, fundado en la institucion divina; y que siendo el jefe de toda la Iglesia, no podia estar sujeto al juicio de sus inferiores. Mas el rey les respondió que el Papa habia dado su consentimiento á la convocacion del concilio, y les entregó las cartas de Simmaco.

Reunióse el concilio en Roma el año 501 ó 502, y celebró tres sesiones. El Papa asistió á la primera en la que confirmó de viva voz la declaracion contenida en sus cartas tocante al consentimiento, lo que acabó de desvanecer todos los escrúpulos de los obispos. Pero yendo á la segunda sesion en medio de un gran concurso de fieles que manifestaban su afecto con lágrimas, los cismáticos descargaron una nube de piedras sobre él y su comitiva, hirieron á muchos eclesiásticos y no hubieran parado ahí á no haber acudido tres oficiales del rey para reprimir estas violencias y conducir otra vez al Papa á su alojamiento. Aquellos furiosos se entregaron en seguida á todo género de excesos: sacaron á algunas vírgenes de sus monasterios, las desnudaron vergonzosamente, y las maltrataron á golpes. Cometiéronse tambien algunos asesinatos en las personas de varios eclesiásticos y seglares. Entonces el Papa mandó decir á los obispos que desando de corazon probar su inocencia, habia venido desde luego en ceder de los derechos de su dignidad; pero que despues del peligro que habia corrido, se atenia á los cánones que no permitian juzgarle contra su voluntad, y que dejaria obrar al rey segun quisiese. Los obispos informaron á Teodorico de todas estas circunstancias, y le rogaron en consecuencia que los permitiese volver á sus Iglesias. Respondiéndoles el rey que no habia querido decir este asunto, no teniendo derecho para mezclarse en el conocimiento de las causas puramente eclesiásticas, y que los dejaba en libertad de terminarle de la manera que juzgaran conveniente, con tal que se restableciese la paz en Roma. Despues de esta respuesta dirigieron los obispos diversas representaciones al senado, parte del cual se habia declarado en favor del anti-papa Lorenzo, y luego pronunciaron su fallo, en el cual absteniéndose de juzgar al Papa, le declaraban absuelto ante los hombres de las acusaciones entabladas contra él, y reservaban su causa al juicio de Dios. Al mismo tiempo decretaban que se le restituyeran todas las Iglesias con los bienes que les pertenecian tanto en Roma como fuera; y prometiendo el perdon á los clérigos cismáticos que dieran satisfaccion al Papa, añadan que quedarían sujetos á las penas prescritas por los cánones todos los que persectarasen en el cisma. Este decreto fué suscrita por setenta y seis obispos, siendo los primeros Lorenzo de Milano, y Pedro de Ravena.

Luego que los obispos de las Galias tuvieron conocimiento de es-

te suceso, encargaron á San Avito que escribiera á nombre de todos para manifestar su admiracion de un atentado hasta entonces sin ejemplo. "No se concibe, dice el santo obispo de Viena en su carta á los principales senadores, en virtud de qué ley el superior ha sido juzgado por sus inferiores. En los otros prelados si se encuentra alguna cosa contraria al órden, puede reformarse; pero si se pone en duda la autoridad del Pontífice romano, está amenazado no un obispo sino el mismo episcopado. El que está á la cabeza del rebaño del Señor, dará cuenta de la manera con que le conduce; pero no toca al rebaño sino al supremo juez pedir esta cuenta al pastor." Por lo demas, vituperando á los obispos que se habian encargado de esta causa, alaba que la hayan reservado al juicio de Dios, y manifestado, sin embargo, que no habian encontrado ninguna prueba de los crímenes de que se acusaba al Papa. Al mismo tiempo exhortaba al senado, de que era miembro, á no mostrar menos celo y respeto por el primado de la Santa Sede, que por la primacia temporal de Roma.

En un concilio congregado el 6 de Noviembre del año 502, y que tal vez fué la continuacion del precedente, el Papa Simmaco dió las gracias á los obispos por haber ofrecido el perdon á los cismáticos; y como éstos, para arrebatarle los bienes de la Iglesia, so pretexto de conservarlos, se habian prevalido de la ley promulgada por Odoacro, representó que esta ley no tenia fuerza como emanada de la autoridad laical; pero queriendo proveer para lo sucesivo, dió un decreto en que prohibia enagenar los bienes de la Iglesia Romana, ó darlos en usufructo, como no fuese á los clérigos, á los cautivos ó á los indigentes. En cuanto á las casas de las ciudades, si era demasiado costosa su conservacion, podrian arrendarse á renta. En otro concilio celebrado el año 503, se leyó é insertó en las actas un escrito compuesto por Ennodio, que fué despues obispo de Pavía, en respuesta á un libelo en que los cismáticos impugnaban la decision dada á favor de Simmaco. Ennodio refutaba todas sus sutilezas con mucha fuerza, y les oponia, sobre todo, las prerogativas anexas al primado de la Santa Sede. "Las otras causas, dice, pueden ser juzgadas por los hombres; pero Dios ha hecho superiores al juicio de éstos, y se ha reservado á sí mismo las que conciernen al obispo de la silla apostólica, porque en virtud de las palabras dichas por Jesucristo á Pedro, es reconocida esta silla como cabeza de toda la Iglesia, y todos los fieles deben estarle sumisos." El Papa propuso despues que se mantuvieran con todo rigor los antiguos cánones que prohibian á los fieles acusar á su pastor, excepto en el caso en que pecase contra la fé, ó bien cuando les hubiese hecho un agravio personal. El concilio confirmó esta prohibicion, so pena de deposicion para los clérigos, de excomunion para los monges y seglares, y de anatema si persistian. Aquí se ve una diferencia entre la excomunion, que privaba del derecho de participar de los

santos misterios, y aun de asistir al sacrificio, y el anatema que separaba de la sociedad de los fieles. El Papa dió al mismo tiempo un decreto para obligar á los obispos, sacerdotes y diáconos, á tener siempre consigo un testigo seguro que se designó con el nombre de *synecalla*, á fin de poner su conducta á cubierto de toda sospecha. Los eclesiásticos que no poseyeran bastantes bienes para tener un testigo de esta clase, debían servir en calidad de tales á los otros.

Gontamundo, rey de los vándalos, se había mostrado bastante propicio para con los católicos. No tardó en levantar el destierro á San Eugenio, obispo de Cartago, y de allí á algunos años permitió, á instancias de éste, abrir todas las iglesias cerradas mas de diez hacia, y llamó tambien á todos los obispos desterrados por Hunerico. Pero su hermano Trasamundo, que le sucedió el año 496, renovó al punto la persecucion. Con todo, no juzgando á propósito recurrir á medidas demasiado violentas, tomó el partido de hostigar á los católicos con multiplicadas vejaciones, y emplear todos los medios de seducción para arrastrarlos á la apostasía. Los que renunciaban á la fé eran colmados de favores, recibían dinero ó empleos lucrativos, y estaban seguros de la impunidad en caso de malversacion. Trasamundo desterró á San Eugenio, de Cartago, que murió en Albi, en las Gañas, el año 505, y prohibió consagrar obispos para reemplazar á los que morían. Durante algunos años se creyó que debía cumplirse esta prohibicion por no aumentar la persecucion; pero hácia el de 507, los obispos se determinaron al cabo á llenar las sillas vacantes. Luego que lo supo el rey, mandó cerrar las iglesias católicas, y desterró mas de doscientos obispos á la isla de Cerdeña.

Entonces fué cuando San Fulgencio, cuyo nombre se hizo tan célebre en lo sucesivo, fué consagrado para la silla de Ruspe, en la provincia Bizacena. Había nacido en Telepta, en la misma provincia, el año 468, pero era originario de Cartago, y nieto de un senador llamado Gordiano, á quien había expulsado Genserico con toda la nobleza católica. Habiendo perdido á su padre poco despues de nacer, fué educado en la piedad por su madre, que cuidó igualmente de cultivar con buenos estudios, las felices disposiciones naturales de Fulgencio. No tardó éste en disgustarse de la vida del mundo; y despues de haberse ejercitado algun tiempo en la penitencia y en la oracion en su propia casa, resolvió abrazar la vida monástica. Comenció su designio á un piadoso obispo llamado Fausto, que confinado por Hunerico á aquellas inmediaciones, acababa de fundar un monasterio. Considerando el obispo sus pocos años, puso al pronto algun reparo en admitirle, y quiso experimentarle antes. Su madre, penetrada del mas vivo dolor, prompició en gemidos y sollozos que conmovieron profundamente á Fulgencio; pero al paso que mezclaba sus lágrimas con las de aquella,

permanció firme en su resolucion, de suerte que el obispo no vaciló ya en admitirle en su comunidad. Forzado luego Fausto á ocultarse por evitar la persecucion, persuadió á Fulgencio que se retirara á un monasterio próximo, cuyo abad Félix, conociendo sus virtudes y talento, quiso cederle el puesto y le obligó con sus instancias, á encargarse á lo menos del cuidado de la instruccion. Pronto se vieron en la necesidad de abandonar este monasterio, á causa de las frecuentes incursiones de los moros, y fueron á establecerse cerca de la ciudad de Sicca, en la provincia de Cartago. Un sacerdote arriano que dirigía una parroquia vecina, tuvo á Fulgencio por un obispo disfrazado, que iba á llevar limosnas y á proporcionar los auxilios de la religion á los católicos perseguidos. Así, le mandó prender á él y á Félix, y despues de hacer que los apalearan cruelmente y les rayeran la cabeza, les quitó hasta los hábitos y los despachó enteramente desnudos. El obispo arriano de Cartago se mostraba dispuesto á castigar á aquel sacerdote por respeto á la familia de Fulgencio; pero éste no quiso entablar querrela, teniéndose por dichoso en haber padecido por Jesucristo, y no juzgando, ademas, que fuese decoroso para un monge demandar justicia á un herege. Deseoso de adelantar mas y mas en la perfeccion, resolvió en seguida retirarse entre los solitarios de Egipto, hácia los cuales habia concebido una admiracion extraordinaria con la lectura de las obras de Casiano. Se embarcó hácia el año 500 para Alejandría, y tocó primeramente en Sicilia, donde el obispo de Siracusa le disuadió de su viage, representándole que el Egipto estaba entonces separado de la Iglesia, y la mayor parte de los monges inficionados de heregía. Volvióse, pues, á Africa despues de visitar en Roma el sepulcro de los santos apóstoles, y fundó en la Bizacena un nuevo monasterio que pronto llegó á florecer. Pero su humildad le obligó á salir de allí para retirarse á una isla, donde vivió mucho tiempo desconocido y como simple monge, en una comunidad cuya disciplina era severísima. Habiendo sabido el abad Félix el lugar de su retiro, indujo al obispo Fausto á que le reclamara como perteneciente á su congregacion; y al punto que volvió Fulgencio, el obispo le ordenó sacerdote á fin de fijarle así en el monasterio y evitar que fuese ordenado para otra Iglesia, porque su reputacion se extendia por toda el Africa, de suerte que en el instante que se resolvió llenar las sillas vacantes, muchas ciudades le eligieron para obispo. Mas él se ocultó tan bien, que fué imposible encontrarle, y no volvió á su monasterio hasta que fué provistas la mayor parte de las Iglesias; con lo cual creyó que no tenia ya nada que temer. Sin embargo, faltaba obispo á la ciudad de Ruspe, y muchos de sus habitantes fueron á sorprender á Fulgencio en su celda, le llevaron consigo y le hicieron consagrar á pesar de su resistencia. Tenia entonces cuarenta y cuatro años de edad. A pesar de haber ascendido al episcopado, no relajó en nada las prácticas

y hábitos de la vida monástica: no comía mas que yerbas y legumbres, llevaba vestidos de una tela grosera, sin gastar siquiera como todos los obispos, la banda de lienzo de donde ha venido la estola, ni el calzado de los clérigos, sino solamente las sandalias de los monges, y las mas veces iba descalzo. Despues de consagrar el dia al cuidado de su diócesis, empleaba la mayor parte de la noche en la oracion, la meditacion y el estudio. Edificó un monasterio al lado de su iglesia, y en él estableció al abad Félix y una parte de su comunidad. Pero no volvió Fulgencio mucho tiempo entre su rebaño: el rey Trasamundo le mandó arrebatar y conducir á Cerdeña con los otros obispos. Antes de su partida, los fieles solícitos le enviaron socorros; pero él lo entregó todo á su monasterio y se embarcó sin llevar nada. En su destierro formó una reducida comunidad de clérigos y de monges, que causó bien pronto la admiracion de la ciudad de Caller. Aunque era el de menos edad y el mas moderno de los obispos desterrados, su ilustracion y virtud le daban el primer lugar, y cuando se reunian aquellos para alguna deliberacion, todos preguntaban antes el dictámen de Fulgencio, que por lo comun era aprobado. La reunion de tantos santos confesores formaba una especie de concilio permanente, cuyas decisiones se reclamaban de todas partes. San Fulgencio estaba encargado de escribir las respuestas á estas consultas, y varios obispos le pedian tambien que compusiera las pastorales que juzgaban necesario enviar á sus Iglesias. Llegó á ser tan célebre su nombradía, que el rey Trasamundo, deseoso de verle y de probar su ciencia, le llamó á Cartago, donde le propuso varias dificultades, mandándole que respondiera en el acto. Pero los arianos que temian la influencia de su talento, persuadieron al rey que le enviase otra vez al destierro, donde permaneció así como los otros obispos, hasta la muerte de Trasamundo, ocurrida el año 523 (1). Mas adelante hablaremos de sus escritos.

En las provincias de las Galias que pertenecian á los borgoñones y á los visigodos, fueron tambien expulsados de sus sillas algunos obispos so pretexto de que favorecian los intereses de Clodoveo, por que los reyes de estas dos naciones desde la conversion de los francos no podian librarse de una especie de inquietud que los hacia fácilmente suspicaces; pero este mismo motivo los inclinaba en general á tratar con mas miramientos á sus vasallos católicos. Gondebaldo, que se habia apoderado de todo el reino de Borgoña, despues de vencer y condenar á muerte á su hermano Godegisilo, publicó un nuevo código para sus Estados hacia el año 502: sus disposiciones eran mas favorables á los galos que las de las leyes segundas hasta entonces. En este código que llegó á ser célebre, se halla establecido el duelo en ciertos casos como medio de decidir los proce-

(1) Victor Tunon. *Chron.*—Vit. S. Fulgen.

sos. La parte que sucumbia se consideraba como condenada por el juicio de Dios. Tambien se encuentra esta disposicion en las leyes de otras varias naciones bárbaras de la Germania. Alarico, rey de los visigodos, publicó por su parte una edicion del código teodosiano con algunas variaciones y adiciones en el año 506, y dió fuerza de ley á esta recopilacion con el consentimiento de los obispos y de la nobleza de sus Estados.

En el mismo año permitió este rey á los obispos de sus dominios celebrar un concilio en la ciudad de Agde, á donde concurrieron veinticuatro con los diputados de diez ausentes. Hicieronse cuarenta y siete cánones, á los cuales se han añadido despues otros veinticinco sacados de algunos concilios posteriores. Solamente citaremos las disposiciones siguientes como las mas notables: los que retienen lo que sus parientes han dado á las iglesias ó á los monasterios, son excomulgados como asesinos de los pobres. Se confirman los antiguos cánones sobre el celibato de los sacerdotes y diaconos con prohibicion de que los clérigos tengan en su compaña otras mugeres que sus madres hermanas, ó sobrinas. Se manda al obispo que siga el órden de antigüedad para la promocion de los clérigos, á no ser que algunos se hayan hecho indignos por su desobediencia. Prescribese igualmente que á todos se les den retribuciones proporcionadas á sus servicios; pero se les prohibe enagenar los bienes que tengan en usufructo. Ya se ha visto en un concilio de Roma congregado en el pontificado de Simmaco, que era permitido dar el usufructo de los bienes eclesiásticos á los clérigos; y este es el origen de los beneficios. Los clérigos que descuidan sus funciones, deben ser borrados de la matricula de la Iglesia, es decir, prohibe llevar los cabellos largos y deben vestir con el decoro correspondiente á la santidad de su estado. No se debe ordenar á los diaconos hasta la edad de veinticinco años, y á los presbiteros y obispos hasta los treinta, ni dar el velo á las vírgenes sino á los cuarenta. A todos los fieles se les impone el precepto de ayunar todos los dias de cuaresma, excepto el domingo. Los que no comulguen en Navidad, Pascua y Pentecostes, no deberán ser considerados como católicos. Se permiten oratorios ó capillas en el campo cuando están distantes las parroquias; pero se prohibe celebrar el divino oficio en los de Navidad, Epifanía, Pascua, Ascension, Pentecostes y las otras fiestas solemnes. Se manda á todos los fieles que oigan misa entera el domingo. En estos cánones se halla tambien un reglamento para establecer la uniformidad en el oficio divino, y otros varios sobre los deberes de los obispos, clérigos y monges. Se veda á los clérigos asistir á los banquetes nupciales, y á todos los cristianos comer con los judíos. Los libertos quedan bajo la proteccion de la Iglesia. Por último, se prohiben bajo pena de excomunion los agujeros y lo que se llamaba la suerte de los santos, es-

pecie de divinación que consistía en abrir la Santa Escritura, y tomar por presagio las primeras palabras que se presentaban á la vista. No dejó de perpetuarse esta superstición á pesar de las reiteradas prohibiciones que la Iglesia había hecho é hizo en lo sucesivo.

Este concilio fué presidido por San Cesáreo, arzobispo de Arlés, cuya sabiduría y virtudes ilustraban la Galia meridional algunos años hacia. Había nacido en el territorio de Chalons-sur-Saone, de una familia recomendable por su piedad. Desde sus mas tiernos años ostentó su caridad, y le acontecia á veces despojarse de sus vestidos para dárselos á los pobres. Tendría unos diez y ocho cuando renunciando al mundo fué á pedir á San Silvestre, obispo de Chalons, que le agregara al servicio de la Iglesia; de allí á tres años, deseoso de mayor perfeccion, se retiró al monasterio de Lerina. Sus austeridades le ocasionaron una enfermedad, y los superiores le enviaron á Arlés para que se restableciera. Habiendo tenido ocasion de verle el obispo San Eomio, y sabiendo que era poriente suyo, le pidió al abad de Lerina, le ordenó sacerdote y le encomendó la conducta de un monasterio vecino. Cesáreo desempeñó este cargo con tanto celo y prudencia, que admirado el obispo de sus virtudes declaró muchas veces ante su clero y pueblo que deseaba tenerle por sucesor. Así, á la muerte de Eomio no se deliberó sobre la eleccion de obispo. En vano tomó Cesáreo el partido de esconderse: fué descubierto y consagrado á pesar de su resistencia, el año 502, á los treinta y tres de su edad; ocupó la silla de Arlés cuarenta. Desde el principio de su episcopado ordenó que los clérigos cantasen todos los dias las horas de tercia, sexta y nona en la catedral. Dejó á los ecónomos y á los diáconos el cuidado de todo lo temporal para dedicarse enteramente á la instruccion de su rebaño. Predicaba todos los domingos y fiestas, y muchas veces mandaba leer homilias de San Ambrosio y San Agustín á maitines y vísperas. Acomodaba el estilo á la capacidad de sus oyentes: les explicaba sus deberes con todas las circunstancias; combatía los vicios y abusos mas comunes, y reprendía sobre todo énergicamente á los que practicaban los agüeros ó conservaban aún algunos restos de idolatría. Nos quedan muchos sermones suyos: varios de ellos se han atribuido á los santos Padres, particularmente á San Agustín. Mirábase como el padre de los pobres, y se dedicaba con celo á socorrer su miseria. Mandó construir un vasto hospital para los pobres, y cuidó de proporcionarles al mismo tiempo los auxilios espirituales y corporales. No por eso se libró de los tiros de la calumnia. Acusáronle á Alarico de que quería someter la ciudad de Arlés á los borgoñones, y el rey sin mas exámen le confinó al punto á Burdeos; pero un milagro patente demostró á pocos dias su inocencia. Habiéndose prendido fuego á la ciudad una noche, fueron los habitantes á conjurar á San Cesáreo que atajara el incendio con sus oraciones, y en cuanto se hincó de rodillas se apagaron las llamas: luego pidió el per-

don de su acusador condenado por el rey á ser apedreado. También se vió expuesto á la misma calumnia durante la guerra que los francos y borgoñones hicieron á los visigodos.

Clodoveo, cuya salud se iba debilitando hacia dos años por una fiebre lenta que todos los auxilios de los médicos no habían podido curar, recurrió al santo abad Severino que gobernaba el monasterio de Agaune, y le envió un oficial para suplicarle que fuera á restituírle la salud con sus oraciones. Al pasar el santo abad por Nevers curó al obispo Eulalio, privado del oido y de la palabra cerca de un año hacia. A las puertas de Paris encontró á un leproso á quien sanó al abrazarle. Llegado á palacio se puso de rodillas cerca del lecho, luego se quitó su túnica, y se la vistió al rey que inmediatamente quedó libre de su obstinada calentura. San Severino obró otras muchas curaciones milagrosas en la corte y en la ciudad de Paris, é informado de su muerte próxima por revelacion, se retiró á Chateau-Landon, donde murió en efecto á los tres dias. No tardó en hacerse célebre su sepulcro por una multitud de milagros. Childebeto, hijo de Clodoveo, mandó construir en él una iglesia que sirvieron luego unos canónigos regulares.

Después de su curacion dijo Clodoveo á sus oficiales que sentia ver dominada por los arrianos una parte de las Galias, y les propuso ir á hacer la guerra á los visigodos. Aceptada esta proposicion con aplauso, hizo voto de edificar á su vuelta una iglesia en honor de los apóstoles San Pedro y San Pablo, y marchó hácia Poitiers donde se hallaba Alarico. Antes de entrar en el territorio de los godos prohibió á su ejército quitar nada de los lugares santos é insultar á las vírgenes, á las viudas, á los clérigos, á sus familias ó á los siervos de las Iglesias, y se lo participó á los obispos despues de la guerra, á fin de que pudiese cada cual reclamar lo que hubiera perdido. También prohibió por respeto á San Martín tomar nada en el territorio de Tours, á no ser yerba y agua, y extendió la misma prohibicion al territorio de Poitiers, á fin de alcanzar la proteccion de San Hilario. Cerca de allí había un monasterio gobernado por San Maxencio, cuyo nombre se dió á la ciudad que se formó despues al rededor de dicho monasterio. Informado Clodoveo de las virtudes y milagros del santo abad, le tributó grandes honores y le dió tierras para su comunidad (1).

La batalla entre los francos y visigodos se trabó en las llanuras de Vouillé cerca de Poitiers el año 507. Clodoveo alcanzó una victoria completa, y mató al rey godo, por su propia mano. En seguida conquistó casi toda la Aquitania, y al año siguiente se adelantó hasta Tolosa, donde se apoderó de los tesoros de Alarico, dejando despues á cargo de su hijo Thierri la conclusion de esta guerra, volvió á Tours, donde hizo una entrada triunfal. Llevaba la toga de

(1) Greg. Tur. Hist. lib. II, cap. XXXVII.  
Tom. II.

púrpura y las demás insignias del patriado, que el emperador Anastasio acababa de enviarse. Dió ricos presentes á la Iglesia de San Martin y á la de San Hilario, de Poitiers y luego que volvió á Paris, quiso cumplir su voto, para lo cual mandó edificar una iglesia magnífica en honor de los apóstoles cerca del sepulcro de Santa Geneveva. Había muerto algunos años antes esta ilustre vírgen, famosa en todas las Galias por la santidad de su vida y el esplendor de sus milagros. Desde la edad de quince hasta la de cincuenta años, no comió mas que dos veces á la semana, y su alimento se reducia á pan de cebada y habas. Extendíase su celebridad hasta el Oriente, y San Simeon Estilita pedía á todos los galos que iban á visitarle, le encomendaran á las oraciones de la santa. Murió hácia el año 500 y á la edad de mas de ochenta (1).

Entre tanto los francos proseguian sus conquistas en la Aquitania y la Galia Narbonense, y fueron con el auxilio de los borgoñones á poner sitio á la ciudad de Arlés. Un clérigo pariente de San Cesareo, halló medio de salir de la plaza, y fué á entregarse á los enemigos. Con este motivo se acusó al santo obispo de que le había enviado para concertar alguna traicion, y sin darle tiempo para justificarse, le arrancaron los visogodos de la casa episcopal, y le encerraron en una estrecha prison donde no podia comunicarse con nadie. Pero bien pronto se descubrió que los judíos que le habían acusado con mas furor, eran los que estaban en inteligencia con los enemigos; y las pruebas ciertas que se adquirieron de esta traicion, vinieron á destruir naturalmente las imputaciones calumniosas pro-paladas contra San Cesareo, que al punto recobró la libertad. Un ejército que envió Teodorico de Italia al socorro de los visogodos, forzó á los francos y borgoñones á levantar el sitio, y persiguiéndolos á sus guardias trajo tan gran número de cautivos, que se llenaron las iglesias. Como los habían desnudado enteramente, San Cesareo les suministró primero víveres y vestidos, y despues temiendo el peligro de la seducción si aquellos prisioneros continuaban en poder de los arrianos, empleó todo el dinero de su Iglesia y hasta los vasos sagrados para rescatarlos.

Antes del sitio de Arlés había comenzado el santo obispo á edificar un monasterio, y trabajaba en la obra con sus propias manos; pero los sitiadores arruinaron una gran parte para aprovechar las maderas en las fortificaciones. San Cesareo continuó la obra despues de levantado el sitio, y estableció en aquel monasterio á su hermana Santa Cesarea con algunas compañeras, cuyo número se aumentó pronto en términos que llegaron á formar una comunidad de consideracion. San Cesareo compuso para esta casa una regla, que adoptaron otras muchas en lo sucesivo. El primer artículo prescribe una clausura perpetua y tan rigurosa, que no solamente no era

(1) Gregor. Tur. lib. II.—Vit. S. Genov.

permitido á las religiosas salir, sino que nadie podia entrar en el monasterio fuera del caso de una necesidad indispensable. Habia un locutorio para las visitas de los parientes, y la misma abadesa no podia presentarse en él sino en compañía de dos ó tres religiosas. Habia un año de probacion para las novicias antes de darles el hábito: no se recibian colegialas; pero se podian admitir niñas desde los siete años, para que se instruyesen así desde temprano en la vida religiosa, y profesaran cuando tuviesen la edad requerida. No habia en el monasterio ninguna criada: cada religiosa, excepto la abadesa, hacia por turno la cocina y los otros servicios domésticos. Les estaba prohibido bordar ó trabajar para las personas de fuera. Ellas mismas se hacian sus vestidos que eran sencillísimos y de color blanco: hasta los ornamentos de la iglesia eran de lana ó de tela sin bordar. Algunas religiosas se ocupaban en copiar los libros santos con excelentes caracteres. Todas aprendian á leer y tenian diariamente dos horas de lectura desde las seis hasta las ocho de la mañana: tambien se leia durante una parte del trabajo y á las comidas. Creemos inútil referir los otros reglamentos, que son concernientes á los ejercicios ordinarios de la vida monástica. El Papa Hormisdas aprobó mas adelante el establecimiento de esta comunidad á instancias de San Cesareo, eximiéndola de la jurisdiccion de los obispos de Arlés en todo lo que miraba al gobierno interior; pero antes de confirmar la enagenacion de algunos bienes de la Iglesia hecha en favor del monasterio, quiso que la aprobaran los obispos de la provincia.

Teodorico, despues de haber hecho reconocer por rey de los visogodos á su nieto Amalarico, se habia apoderado de una parte de sus Estados en calidad de tutor suyo, y so pretexto de defenderlos mejor. A pesar del poco fruto de las antiguas calumnias, fué acusado otra vez San Cesareo algunos años mas adelante ante aquel príncipe, que dió orden de prenderle y conducirle á Ravena con buena escolta. El santo obispo se presentó al rey con la tranquilidad y firmeza que inspira la inocencia. Al verle Teodorico quedó penetrado de súbita admiracion, y levantándose por hacerle esta distincion, le dirigió varias preguntas afectuosas sobre el estado de su Iglesia, sin hablarle una sola palabra de las acusaciones intentadas contra él. Luego que salió Cesareo, dijo el rey á los cortesanos: "Castigue Dios á los que me han obligado á un hombre tan santo á hacer un viaje tan penoso. A su aspecto he temblado, y creí que veia un ángel bajado del cielo." Luego le hizo ricos presentes que el santo obispo empleó al punto en socorrer á los pobres y rescatar cautivos. Esta caridad edificó en términos al rey y á los cortesanos, que todos á porfia se apresuraron á enviarle cuantiosas dadas, que el prelado invirtió en el mismo uso: de suerte que libró á una multitud de cautivos, principalmente galos, á quienes proveyó tambien de lo necesario para regresar á sus hogares. Aumentóse

la veneracion que Cesareo habia inspirado por sus virtudes, con un milagro que obró, alcanzando por sus oraciones la resurreccion de un muerto.

De Ravena pasó á Roma, donde el Papa, el clero y los fieles se mostraban igualmente solícitos por verle, y le recibieron con extraordinarios honores: el Papa Simmaco le concedió el uso del palio, y permitió á los diáconos de su Iglesia que llevaran dalmáticas como los de Roma. Tambien confirmó el reglamento hecho por San Leon en favor de la Iglesia de Arlés, y se lo comunicó á los obispos de las Galias en una carta en que les recuerda que la jurisdiccion del obispo de Viena se limita á las Iglesias de Valencia, Tarantasia, Ginebra y Grenoble; y que la silla de Arlés debe conservar los derechos de que está en posesion sobre las demas Iglesias. El obispo de Aix puso alguna dificultad en sujetarse á este reglamento y reconocer la jurisdiccion del obispo de Arlés; pero al año siguiente, en virtud de quejas de San Cesareo, el Papa Simmaco, para darle mas autoridad, le nombró su vicario por lo respectivo á la Galia y á la España, y le confirió en particular, el derecho de convocar los concilios de estas provincias cuando lo estimase necesario. Es probable que la palabra Galia solo debe entenderse aquí de la Narbonense. San Cesareo, durante su mansion en Roma, invocó la autoridad de la Santa Sede para la represion de algunos abusos, y el Papa Simmaco le respondió con una decretal, fecha 6 de Noviembre del año 513: su cláusula mas importante es la que prohibe enagenar los bienes de la Iglesia, á no ser en favor de los monjes, hospicios y clérigos, y con reversion á la Iglesia despues de la muerte de los que los hayan disfrutado.

Luego veremos á San Cesareo presidiendo el segundo concilio de Orange, cuyas decisiones confirmadas por la Santa Sede, dieron por fin el último golpe á los errores del semi-pelagianismo. Murió este ilustre prelado el año 542, á la edad de setenta y dos. Cuando sintió aproximarse su fin, hizo que le llevaran al monasterio que habia fundado y que contaba mas de doscientas religiosas: las exhortó á observar fielmente su regla, y despues de darles su bendiccion, volvió á la iglesia metropolitana. En cuanto espiró, se arrojaron solícitos los fieles sobre sus vestiduras para arrancar algunos pedazos y conservarlos como reliquias.

Clodoveo, á fin de remediar los desórdenes que la guerra habia ocasionado en las Galias, congregó un concilio numeroso en Orleans, en el que se hicieron treinta y un cánones de disciplina. Los tres primeros son concernientes al derecho de asilo, y deciden que los criminales ó los esclavos que se refugian en las iglesias, no puedan ser arrebatados de ellas, y que los clérigos no estén obligados á entregarlos hasta haber obtenido una promesa con juramento de que no les impondrán sus años ninguna pena corporal, y se contentarán con una composicion pecuniaria ó cualquier otra satisfac-



SAN CESARIO OBISPO DE ARLES



cion conveniente. El cuarto prohibe ordenar á ningun lego sin el permiso del rey ó de sus oficiales; lo que probablemente debe entenderse nada mas que de los francos ó de los que podian estar sujetos al servicio militar. Se exceptúan los hijos, nietos y biznietos de los clérigos. Entre los otros cánones citaremos solamente el sétimo, que prohibe á los monjes y á los clérigos, pena de excomunion, ir á la corte sin permiso del obispo; el catorce, quince y diez y seis, que mandan conforme á las antiguas reglas, que el obispo tenga la administracion de todos los bienes de la Iglesia, la mitad de las ofrendas hechas en el altar de la catedral, y el tercio de las de las parroquias; pero con obligacion de proveer á las necesidades de los pobres y de los enfermos; el veinticuatro que prescribe que la cuaresma debe ser de cuarenta dias y no de cincuenta; y en fin, el veintisiete que manda celebrar las rogaciones en todas las Iglesias. Este concilio celebrado el año 511 fué suscrito por treinta y dos obispos, siendo los cinco primeros los metropolitanos de Ruan, de Tours, de Bourges, de Auch y de Burdeos. Entre los otros se distingue á San Melanio, de Rennes, que poseia toda la confianza del rey Clodoveo, y que la merecia por sus virtudes. Trabajó con tanto fruto como celo, en la conversion de los idólatras que todavía eran muchísimos en su diócesis, y sobre todo, en el territorio de Vannes, su patria. Habiendo resuscitado un día á vista de aquellos, á un niño que acababa de morir, la mayor parte abrazaron al punto el cristianismo.

En el mismo año 511 murió Clodoveo, que solo tenia cincuenta y cinco de edad. Su reino se dividió entre sus cuatro hijos: á Thierry tocó la Austrasia, cuya capital era Metz, con una parte de la Aquitania; á Clodomiro el reino de Orleans, á Childeberto el de París, y á Clotario el de Soissons. Gondabalo, rey de los borgoñones, murió algunos años despues de Clodoveo, y le sucedió su hijo Sigismundo, á quien San Avito habia convertido á la fe católica. Sigismundo habia tenido en primeras nupcias, un hijo á quien quitó la vida por las calumnias de su segunda muger; pero reconociendo luego su crimen, hizo rigorosa penitencia, y pidió á Dios que le castigase en esta vida mas bien que en la otra. Sus ruegos fueron oídos, porque habiéndole acometido Clodomiro, rey de Orleans, y apoderándose de su persona, le quitó la vida, así como á su muger é hijos, en el año 524. Su cuerpo, arrojado primeramente á un pozo, fué trasladado despues al monasterio de Agaune, y se obraron en su sepulcro varios milagros, que han hecho se le inscriba en el número de los santos. El reino de Borgoña cayó de allí á algunos años, bajo el dominio de los francos (1).

Las guerras que tuvo que sostener el emperador Anastasio por muchos años, ya contra los isaurios que habian proclamado empe-



(1) Greg. Tur. Hist. lib. II; De glor. mart. cap. LXXV.

rador á un hermano de Zenon, ya contra los persas y bárbaros, le impidieron al pronto declararse abiertamente contra los católicos, y se sirvió de un pretexto político para deponer al patriarca Eufemio, á quien no perdonaba que hubiese aumentado las sospechas concebidas ya cerca de su fé, exigiendo antes de coronarle, la promesa formal de no hacer innovacion alguna en la religion. Pero cuando Anastasio se vió libre de guerras, y creyó que no tenia ya que temer las revueltas, arrojó la máscara, y en el año 506 comenzó á perseguir á los que se declaraban por el concilio de Calcedonia. Publicó un libelo contra el Papa Simmaco, en que llevaba la injuria y la calumnia hasta el punto de tratarle de maniqueo. Muy poco envidado dió al Papa una imputacion tan gratuita como odiosa; pero como el emperador le reprochaba que se habia concertado con el senado para excomulgarle, creyó que debia responder á aquel libelo con una apología, en que demuestra que no ha hecho mas que seguir los cánones y el ejemplo de sus predecesores. "No os excomulgamos á vos, dice, sino á Aecio: afirmas que lo que ha hecho éste no os concierne; pues abandonad su causa y os librareis de su excomunion; de otro modo vos mismo os excomulgais y no debeis quejaros á Nos."

El emperador Anastasio llamó á Constantinoáplá á varios obispos enemigos del concilio de Calcedonia, entre otros á Xenaias, puesto en la silla de Hierápolis por Pedro el Batanero, y de concierto con ellos trató de hacer que los patriarcas de Constantinoáplá, Antioquia y Jerusalem condenaran aquel concilio. Hacia mucho tiempo que estaba irritado con Macedonio, el cual, á pesar de sus repetidas instancias, se habia negado á restituírle la profesion de fé y la promesa que Eufemio le habia obligado á extender por escrito; pero como el pueblo de Constantinoáplá era muy devoto de su patriarca, el emperador tuvo que disimular por algun tiempo y hasta despedir á Xenaias, cuya presencia é intrigas excitaban las murmuraciones de los católicos. Los enemigos de Macedonio ganaron entonces á precio de oro, un malvado que le asesinara; pero este miserable no pudo ejecutar su intento, y el patriarca, lejos de castigarle, le dió una pension. Del mismo modo se portó con algunos pobres que habian saqueado su Iglesia (1). Menos tenia que temer el emperador, y salió mejor librado en el plan de derribar á Flaviano, de Antioquia, y á Elias, de Jerusalem. Les mandó el año 508 que reunieran á los obispos de su dependencia, y condenaran el concilio de Calcedonia. Flaviano reunió á los de su patriarcado, y escribió una carta sinodal, en que declaraba que admitia los concilios de Nicea, de Constantinoáplá y de Efeso, sin hablar del de Calcedonia: agregó á su carta algunos artículos en que parecia que desaprobaba esta expresion: *en dos naturalezas*; con todo, se negó á conde-

(1) Theodor. Lect. lib. II.—Theoph.—Liberat.

nar formalmente el concilio de Calcedonia. Elias, de Jerusalem, sin congregár á los obispos, envió una profesion de fé, en que condenaba á dicho concilio, y al mismo tiempo á Nestorio y Eutiques. Los hereges publicaron esta declaracion con anatema contra los que habian admitido dos naturalezas; pero Elias sostuvo que estaba alterada, y publicó otra sin aquel anatema. Se acusaba á los eutiquianos de haber corrompido así muchas obras de los santos Padres para seducir á la multitud.

Después de esta debilidad de los patriarcas de Antioquia y Jerusalem, el emperador hizo vivas instancias á Macedonio para que imitase su ejemplo. Al año siguiente fueron á Constantinoáplá doscientos monges hereges para intrigar contra él, y llevaban á su cabeza á un tal Severo, que se convirtió en gefe del partido; pero el patriarca permaneció firme y hasta pronunció anatema contra los que osasen desechar el concilio de Calcedonia. Sosteníantle el celo y afecto del pueblo que se enfureció contra los hereges y contra el mismo emperador, hasta tratarle de maniqueo. Las murmuraciones fueron tan violentas, que aquel príncipe cobarde, á la par que hipócrita, se atemorizó y fingió reconciliarse con el patriarca. Este, engañado con sus artificios, tuvo la debilidad de aprobar una confesion de fé en que no se hacia mencion mas que de los concilios de Nicea y de Constantinoáplá; pero reparó esta falta casi al punto, declarando públicamente que admitia el concilio de Calcedonia y tenia por hereges á los que no le recibian. Por fin, el año 511 viendo el emperador aplacado al pueblo, sobornó á dos testigos que acusaron á Macedonio de un crimen vergonzoso para tener un pretexto de deponerle; y como el patriarca confundió la calumnia con una prueba sin réplica, le mandó prender secretamente por la noche para enviarle desterrado al Ponto. Después hizo que algunos obispos hereges pronunciaran sentencia de deposicion contra él, y se puso en su lugar á un eutiquiano llamado Timoteo, tan desacreditado por su incontinencia, que el pueblo le daba públicamente los apodos mas infamantes. Este intruso afectaba, como todos los eutiquianos, gran respeto al símbolo de Nicea, y dispuso que se rezara en todas las misas, cuando antes no se decia mas que el viernes santo. Puso en los dipticos el nombre de Juan Nicaíota, patriarca de Alejandría, declarado abiertamente contra el concilio de Calcedonia, y le envió sus cartas sínodicas en señal de comunión. Tambien las remitió á los patriarcas de Antioquia y de Jerusalem que las recibieron; pero rehusaron aprobar la deposicion de Macedonio. El emperador concibió un despecho violento, y convocó en Sidon un concilio de los obispos de la Siria y la Palestina, bajo la presidencia de Xenaias para que condenaran el concilio de Calcedonia. Flaviano, de Antioquia, y Elias, de Jerusalem, lograron impedir esta condenacion; con todo, el primero declaró en una carta que recibia el henótico de Zenon, sin hacer mencion del concilio de Calce-

donia, y el segundo desechó, al parecer, este concilio; pero lo hizo en términos que mostraban claramente que aprobaba su doctrina. El emperador, irritado de su oposición, resolvió deponerlos á entrambos (1).

Entre tanto, sabiendo Elias, de Jerusalem, que este príncipe manifestaba mucho afecto y respeto á los monjes, envió á Constantinopla á los de la Palestina, y San Sabás á su cabeza, á fin de contrapesar los esfuerzos é influencia de los monges antiquianos conducidos por Severo. Así que se presentaron en palacio, se les dejó entrar á todos excepto á Sabás, á quien tuvieron los guardias por un mendigo á causa de su desaliñado vestido; pero como la carta de Elias hacía los mayores elogios de este santo abad, el emperador preguntó dónde estaba, y cuando le introdujeron, le recibió con mucho respeto y manifestó á todos disposiciones benévolas, de que se aprovecharon para obtener gracias en favor de sus monasterios. Viendo el emperador que Sabás no pedía nada, le dijo: "Santo anciano, ¿por qué has emprendido un viage tan largo sin querer solicitar ninguna gracia?" San Sabás respondió: "He venido á tributar mis homenajes, y suplicaros en nombre del patriarca de Jerusalem, que restituísais la paz á la Iglesia y á los obispos católicos, á fin de que podamos rogar tranquilamente por V. M." El príncipe, admirado igualmente de su celo y desinterés, mandó darle mil sueldos de oro para los monasterios que le estaban sujetos, y le permitió concurrir á palacio siempre que quisiera. El santo abad recibió los mismos testimonios de veneración de la emperatriz.

Habiéndole llamado el emperador de allí á algunos días, le declaró que había resuelto expulsar al patriarca de Jerusalem como inficionado de la heregia de Nestorio: "Tu obispo, le dijo, se muestra el defensor del concilio de Calcedonia que autoriza esa doctrina impia; ha seducido á Flaviano, de Antioquia, é impedido de concierto con él, que dicho concilio fuese condenado en el que se está celebrando ahora en Sidon; y aunque se figura tal vez habernos engañado escribiéndonos que desecha toda heregia, vemos por su conducta que persiste en los errores que le impidieron suscribir la deposición de Eufemio y Macedonio, ambos nestorianos. Estamos, pues, decididos á echarle de su silla para poner en su lugar á un obispo ortodoxo." San Sabás le respondió: "Señor: conveceos que nuestro obispo desecha igualmente la división enseñada por Nestorio y la confusión admitida por Eutiques, y que guardando el medio entre estas dos heregias, sigue el camino de la fe católica, y no tiene otra doctrina que la de San Cirilo, de Alejandría. Os suplico, pues, que no decretéis nada contra él, y que conservéis la paz á la santa ciudad de Jerusalem." Penetrado el emperador de la firme-

(1) Evagr. lib. III.—Theod. Lebt. lib. II.—Theophan.

za del santo anciano, le dijo: "Ruega por mí, padre mio, y no tengas cuidado: por respetos á tí no decretaré nada contra tu obispo: quiero que vuelvas plenamente satisfecho." El santo abad antes de partirse pidió para la ciudad de Jerusalem el perdon de los impuestos atrasados, y el emperador se mostró dispuesto á concedérselo; pero le disuadió un herege llamado Martin. "No te opongas, le dijo Sabás, á la buena voluntad del emperador; tú mismo perderás todos tus bienes, y tu casa será quemada." Poco tiempo despues se cumplió esta predicción.

Habia nacido San Sabás en el territorio de Cesarea de Capadocia hácia el año 439. A la edad de ocho entró en un monasterio próximo, donde á poco cantó la admiración general por su humildad, obediencia y demas virtudes. Habiendo conseguido á los diez y ocho años el permiso de visitar los Santos Lugares y retirarse á los desiertos de la Palestina, se puso bajo la dirección de San Eutimio, que le admitió en su monasterio por creerle demasiado jóven para llevar la vida de anacoreta. Hasta los treinta años no le permitió permanecer cinco dias de la semana en una caverna sin tomar ningun alimento. Cuando salía del monasterio el domingo por la tarde para no volver hasta el sábado por la mañana, solo llevaba unas hojas de palmera para hacer cestas. Viendo que se relajaba la disciplina despues de la muerte de Eutimio, se retiró á un desierto mas lejano, de donde pasó de allí á algunos años á establecerse en una caverna cerca del torrente de Cedron á resultas de una revelación. En poco tiempo reunió gran número de discípulos, y algunos de ellos fundaron nuevos monasterios. El obispo de Jerusalem le ordenó sacerdote, á pesar suyo, en el primer año del reinado de Anastasio, y de allí á poco le nombró superior general de todos los anacoretas dependientes de Jerusalem, para remediar la relajación y los desórdenes causados por el cisma de los acéfalos. Los discípulos de San Sabás vivian en celdas pequeñas, diseminadas á cierta distancia unas de otras; pero no les permitía habitarlas hasta despues de largas pruebas. Para los principiantes ó novicios tenia una casa comun, donde los instruía en la disciplina regular algunos ancianos, y á los que eran demasiado jóvenes los enviaba á un monasterio fundado por San Teodosio, á una legua de allí. Llamábase *laura* la reunión de estas celditas diseminadas. Varios armenios que fueron á ponerse bajo la dirección de San Sabás, cantaban el Trisagio en su lengua con la adición de Pedro el Batanero; pero él los obligó á cantarle en griego y sin aquella adición. Dióles un oratorio donde rezaban aparte el oficio; mas se reunian con los griegos para el santo sacrificio. Algunos discípulos de San Sabás se levantaron contra su autoridad, y su insubordinación le determinó varias veces á abandonar su *laura* y retirarse á diversos parages donde fundó muchos monasterios; al fin los sediciosos tomaron la resolución de salirse tambien de la *laura* y establecerse

cerca de Thecué en unas celdas abandonadas. San Sabás, olvidando sus agravios, proveyó á sus necesidades, les hizo edificar una iglesia, y los ganó así con la caridad.

Entre los discípulos de San Sabás debemos citar á San Juan, que fué apellidado el Silencioso por su discrecion y su amor al retiro. Habia nacido en la Armenia el año 452, de una familia ilustre, y á la edad de diez y ocho fundó en Nicópolis, su patria, un monasterio, al que se retiró. Por su mérito subió luego á la silla de Colonia; pero despues de haber gobernado esta Iglesia por algun tiempo, partió secretamente para Jerusalem y de allí para la *laura* de San Sabás. En ella se distinguió por una virtud tan eminente, que al cabo de siete años quiso el santo abad ordenarle sacerdote, y le llevó con este intento al patriarca Elias. Juan solicitó hablar á éste en particular, y habiéndole exigido un secreto inviolable, le declaró que era obispo consagrado; pero que el conocimiento de su indignidad le habia determinado á retirarse á la soledad para trabajar únicamente por su salvacion. Sorprendido el patriarca dijo á San Sabás: "Juan me ha confiado un secreto que me impide absolutamente ordenarle." Estas palabras causaron grande afliccion al santo abad, que oró á Dios con abundantes lágrimas, y supo este secreto por revelacion. Desde entonces vivió San Juan en un profundo retiro hasta la edad de ciento y cuatro años.

San Teodosio, superior general de los cenobitas y amigo de San Sabás, era natural de la Capadocia como él; abandonó su pais por abrazar la vida monástica y se puso bajo la direccion de algunos discípulos de San Eutimio, retirándose despues á una caverna dos leguas de Jerusalem: allí vivió treinta años con frutos y legumbres, sin comer jamas pan. Como el número de sus discípulos se multiplicaba considerablemente, edificó un vasto monasterio en las cercanías donde se ejercian todas las artes necesarias á la vida, de suerte que parecia una ciudad. Aquel era un asilo para todos los desgraciados: habia cuatro enfermerías, dos para los religiosos, una destinada á los enfermos y otra á los ancianos, y dos para los forasteros. Tambien habia cuatro iglesias: una para los griegos, otra para los armenios, la tercera para los occidentales y la cuarta para los que estaban achacosos. Cada nacion rezaba el oficio aparte; pero despues de leído el Evangelio se reunian todos en la iglesia mayor, que era la de los griegos, para el sacrificio y la comunión. La regla que San Teodosio hacia observar en este monasterio, estaba sacada en gran parte de los ascéticos de San Basilio. Pronto veremos á estos monges ostentar su celo y su valor por la defensa de la fé contra los hereges.

Habiendo aplacado un poco al emperador Anastasio las representaciones de San Sabás, los obispos de Oriente que continuaban unidos á la fé católica, escribieron al Papa Simmaco suplicándole que los reuniera á la comunión de la Santa Sede. "Como vos habeis

recibido, le decian, la potestad de atar y desatar, vos á quien Pedro enseña á apacentar las ovejas que os están encomendadas en todo el universo, os suplicamos encarecidamente que rasgueis la nueva sentencia que pesa sobre nosotros, como Jesucristo rasgó la antigua sobre la cruz. No nos rechazéis porque comunicamos con nuestros adversarios, pues los que lo hacen, no se mueven por consideraciones humanas, sino por el temor de dejar su rebaño expuesto á los hereges. El mal es tan grande que ni aun podemos ir en busca del remedio, y esperamos de vuestra ternura paternal que os dignareis de enviarnosle." En seguida exponian su doctrina y reconocian en Jesucristo dos naturalezas distintas en la unidad de una sola persona. El Papa los exhortó á permanecer firmes en su adhesión á la doctrina de Calcedonia; pero añadió que debían separarse tambien de la comunión de los eutiquianos, y que no podían esperar ser restablecidos en la de la Santa Sede, mientras ellos no condenasen á todos los que la Santa Sede habia condenado.

El Papa Simmaco murió el 19 de Julio del año 514, á los quince y ocho meses de pontificado. Se dice que fué el primero que mandó cantar el *Gloria in excelsis* en la misa los domingos y fiestas de los mártires. Siete dias despues de su muerte fué elegido el diácono Hormisdas, que ocupó la Santa Sede nueve años. Al principio del siguiente recibió el nuevo Papa cartas del emperador Anastasio, que se vió precisado á recurrir á él para apacignar las revueltas que habian originado sus tropelías contra los católicos. El pueblo y los monges de Constantinopla se mostraban muy celosos por el concilio de Calcedonia, y habiendo pasado el patriarca Timoteo al monasterio de los acemetas para consagrar un nuevo abad, no se le permitió ejecutar la ceremonia hasta que pronunció anatema contra los que desechaban dicho concilio. Consintió por hipocresía; pero su arcediano informó de lo ocurrido al emperador, el cual llamó á Timoteo y le reprendió agramente. El patriarca para conservar la gracia imperial, negó el hecho y anatematizó á los que admitian el concilio de Calcedonia. Apenas ascendió á la silla de Constantinopla, mandó cantar en todas las iglesias las palabras añadidas al Trisagio por Pedro el Batanero. Los magistrados principales, y á su cabeza el prefecto de Constantinopla, cantaron esta adición por orden del emperador, con motivo de una procesion que se celebró el 6 de Noviembre del año 511. El pueblo y los monges se separaron al punto de la procesion, y continuaron cantando el Trisagio segun el uso antiguo; pero los acometió enfurecida una tropa de sectarios: muchos católicos fueron muertos en la iglesia, y otros encerrados en la cárcel. Estos atentados ocasionaron una violenta sedicion. El pueblo, exasperado, se esparció por las calles, mató á algunos monges eutiquianos de los que habian llegado de Oriente, saqueó é incendió las casas de varios cortesanos adictos al partido de los hereges, se apoderó de las llaves de la ciudad y de